

EL PERSEGUIDOR
DE LA LUZ

EL PERSEGUIDOR DE LA LUZ

por

Yuri Soria-Galvarro

BIBLIOTECA DE NOVELA CONTEMPORÁNEA

Obra ganadora del Premio Municipal Juegos Literarios Gabriela Mistral 2017.

EL PERSEGUIDOR DE LA LUZ

D.R. © Yuri Soria-Galvarro

D.R. © Ficticia S. de R. L. de C.V.

D.R. © Foto de portada: Juan Carlos Gedda

Primera edición: mayo 2019

FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la colección: Armando Hatzacorsian

Diseño de la obra: Rodrigo Toledo Crow

Cuidado editorial: Mónica Villa

Magnolia 11, colonia San Ángel Inn, alcaldía Álvaro Obregón,
Ciudad de México, C.P. 01060.

www.ficticia.com

ficticiaeditorial@ficticia.com

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

ISBN: 978-607-521-114-5

Impreso y hecho en México / *Printed in Mexico*

*Y flotando sobre todo eso,
siento ese otro olor de mi infancia
medio humana y medio animal, el cielo azul,
el bosque humedecido por la lluvia y con olor a setas,
el sabor de la luz del sol,
que era como cuando tocas un objeto metálico
con la punta de la lengua...*

Sandor Marai

*Era casi como seguir la ruta de un explorador
de tiempos lejanos, repitiendo sus pasos cuando
se abría camino por las tierras vírgenes,
avanzando hacia el oeste con el sol,
persiguiendo la luz hasta que finalmente se extinguía.*

Paul Auster

PRIMERA PARTE

Puerto Montt, marzo de 2016

Sentado en el sillón intento procesar el regreso y parezco un perro mojado lamiéndose el pelaje. Apenas me bajé del taxi reconocí las paredes de la casa con su gris áspero de tejuelas, las ventanas alargadas, la reja de fierro que por sobre el óxido deja ver su color negro original y los escalones en la entrada donde nos sentábamos con mi hermana para ver pasar a los vecinos. Todo estaba como lo recordaba, aunque más pequeño, como si la casa completa hubiese encogido. Es probable que la añoranza agrande la proporción de ciertos lugares donde uno ha sido feliz de la misma forma que achica los padecimientos y los momentos malos. Son mecanismos de la mente, algunos funcionan automáticamente y otros se programan. Porque eso somos al fin, pinches seres programables, a falta de instrucciones más detalladas de las que traemos al nacer, vamos colmándonos de dogmas, rituales y costumbres que nos permiten vivir convencidos de que somos libres.

Mamá estaba conmocionada por el reencuentro y después de servir la cena el cansancio la obligó a acostarse. Su cabello que antes era largo y negro acerado ahora es una maraña gris sujeta con un palillo. Se ve que no ha dormido bien los últimos días por las ojeras que enmarcan sus

ojos o quizá son signos permanentes del desgaste. Fue un shock verla después de tantos años, comprobar cuánto ha envejecido y sentir la culpa de no haber estado aquí para acompañarla.

Mis manos se ven anaranjadas por la luz del atardecer, las mejores luces para hacer fotos siempre se presentan al amanecer y en las tardes. Las cámaras fotográficas —ahí está la más básica contradicción de los fotógrafos— necesitan abundante luz para funcionar, pero cuanto menos capturan, mejor es el resultado. Las cosas existen en la medida que son expuestas por la luz, por eso la elegía es mitigar el paso del tiempo como si se tratara de un diario de vida donde se fijan los instantes con fotografías.

Cuando el día casi se extingue logro levantarme del sillón, alimento el fuego con otro leño, tomo mi cámara y muevo los controles. Me gusta sentir su cuerpo metálico, es como un arma, pero no es un arma, apenas una máquina fiel con la carcasa arañada por el uso con la que he capturado sombras sutiles, sueños vaporosos, frágiles intervalos cotidianos. En el fondo como lo intuían las antiguas tribus americanas es un instrumento del demonio. Miro a través del ventanal la caída de la tarde, aguanto la respiración y enfoco, saco algunas fotos de las montañas, las islas, la textura del mar dorado y las nubes coloreadas. A esta hora algo en los cerros ha cambiado, como si ya no fueran cerros sino ruidos sordos.

Me acomodo nuevamente en el sillón y ahora la memoria resuena como si aproximara rumores extraviados desde un enorme salón vacío. Es otro de los mecanismos de la mente: los recuerdos actúan como fantasmas atrapados en los lugares que se forjaron y no bien te acercas a esos sitios reaparecen con vigor. Tal vez lo mejor que tengo son recuerdos. ¿O son lo peor? El viento ha aumentado y albo-

rota a las bestias encadenadas de la nostalgia, volver al sur finalmente es eso: la bitácora de un sueño, el itinerario de las almas vencidas interpelando a la memoria del olvido.

Océano Atlántico, febrero de 1989

Hacia atrás el continente era apenas un hilo en el horizonte. Iba a cargo del timón con rumbo al este y aunque habíamos zarpado pocas horas antes ya podía asegurarlo: el mejor lugar para disfrutar un atardecer era el mar abierto. De niño navegué en veleros pequeños, un láser, un pirata, nunca lo había hecho en un yate de doce metros y menos una travesía como cruzar el Atlántico. Clermont subió la vela mayor al máximo y se agarró al mástil contemplando la puesta de sol, con los ojos entrecerrados y el pecho inflado parecía un gallito de la pasión. Para ser justos el traje de agua y el gorro de lana rojo, a pesar de su baja estatura, le daban la contrición y seguridad del navegante curtido. Le dije antes de zarpar que tenía sólo conocimientos básicos de navegación, él le restó importancia al asunto y me explicó algunas cosas generales, lo que consideraba imprescindible para la seguridad.

Desde la escotilla de popa extrajo una pequeña vela con varias palancas y conectó todo.

—Es el timón de viento —dijo.

Solté la rueda y fui hacia proa. Enrollé y guardé los cabos para asegurar el yate al muelle, no se usarían hasta dentro de unas tres o cuatro semanas. Volví a popa y bajé por

la escalerilla, estaba seguro de poder cocinar mejor que Clermont. Anoche me contó que era médico y después de varios meses en Buenos Aires había decidido que era hora de zarpar. Llevaba dos años navegando alrededor del mundo.

Preparé un arroz con mejillones, choricillos y verduras surtidas, lo aderecé con ajo y curri. Pasaríamos muchos días, quizá semanas en este yate. Seguramente, avanzado el viaje, sentiría claustrofobia por habitar un espacio tan pequeño, la cabina era a la vez cocina, living y estar por las noches, moviendo unos asientos se transformaba en camarote, hacia proa el único espacio privado, un baño que usaríamos poco, era preferible hacer las necesidades por la borda. Cenamos afuera. Clermont aprobó el menú y pidió repetición. Más tarde cazamos un poco la vela mayor porque el viento había virado levemente. Bebimos café. Todavía había destellos anaranjados y amarillos por donde se escondió el sol, esparcidos como en la paleta de un pintor sicodélico y el cielo era un telón púrpura oscuro salpicado de estrellas.

—Durante la noche haremos turnos de cuatro horas, debes preocuparte de mantener el rumbo y prestar atención al viento, si aumenta hay que arriar el foque y la mayor arrizarla a la mitad o un tercio de su tamaño —dijo Clermont, se estiró y bajó a acostarse.

No estaba seguro de porqué, habiéndole declarado mi poca experiencia, él me dejaba a cargo del yate en la navegación nocturna, bueno no era mi yate y no había casi nada con lo que chocar, tampoco me preocupaba mayormente acabar mis días en mitad del océano, podría ser un final épico, enigmático. Tenía el primer turno y fui por abrigo, la temperatura había descendido rápido. Regresé a mi puesto y apagué la radio VHF, no era útil a esa distancia

de la costa y había que ahorrar baterías. El yate avanzaba mecido por las olas con una cadencia amplia que producía un leve mareo, el mástil crujía rítmico y de fondo el siseo amortiguado del mar. Ya no distinguía el continente, la visibilidad era de apenas unas decenas de metros. Como la tajadura de un hacha colosal se imponía el océano abierto, la oscuridad sobre la cual se recortaba el horizonte vagamente iluminado y más allá las estrellas en lo que parecía un todo continuo, inmutable, pero misteriosamente vivo. Aunque tampoco era para tanto.

Me puse ropa interior térmica, un overol grueso, chaleco y gorro de lana, más el traje de agua, y a pesar de todo, el frío calaba. Moví un poco los brazos e hice un tubito con las manos por donde soplé vapor. El arnés lo enganché con el mosquetón a la baranda. Clermont recalcó que la principal medida de seguridad era mantenerse siempre asegurado con el arnés, no servía de nada ponerse un chaleco salvavidas, te hacía más torpe si caías al agua, y suponiendo que tu compañero de viaje se daba cuenta, era poco probable que el velero pudiera dar vuelta y regresar al mismo lugar antes que te pierdas de vista o te hundas, con la temperatura del agua tan baja duraría apenas unos minutos, por eso la única opción era no caerse.

Desconecté el timón de viento y guiándome por los números iridiscentes del compás mantuve el rumbo. De pronto sonó un chapoteo fuerte como si un animal se hubiese zambullido, quizás un delfín o un pez grande, o tal vez sólo una ola rebelde. Miré en todas direcciones, solamente había oscuridad y la estela de la embarcación que parecía la cola de un cometa. El yate emitía un ligero fulgor mientras avanzaba debido al color blanco del casco y las velas, como un fantasma vagabundo a merced del viento. El sueño atacó fuerte, perdí la medida del tiempo y entre

cada parpadeo pasaban segundos o quizá minutos. Un ligero sobresalto me regresó a la realidad, Clermont subió a cubierta, me tocaba descansar.

Tapado con el saco de dormir recuperé temperatura, puse el despertador y me dormí en seguida.

Abrí los ojos antes de que sonara la alarma, afuera ya estaba claro. Había soñado que caminaba en las calles de una ciudad desconocida y caía desde un puente presintiendo que no sobreviviría al llegar al suelo, pero en el sueño nunca llegué al fondo y caía interminablemente. No logré recordar cómo terminó la pesadilla, permanecí un buen rato en el camarote dando vueltas a la angustia.

El día no empezaba si es que no lograba darme una ducha o al menos mojarme un poco. El gorro de lana con el que había estado al timón y con el que dormí tampoco me lo saqué para lavarme la cara.

Constante viento de popa. Clermont había desplegado el *spinnaker* que se inflaba hacia adelante como un enorme balón de colores y esto lo puso de buen humor, entregó el timón y bajó a preparar el desayuno. Compartimos galletas, mermelada de damasco y un té aromático fabuloso. Apenas acabado el desayuno, Clermont lanzó un anzuelo con forma de calamar, le dio unos cien metros de lienza, lo amarró en la baranda de popa, y dijo:

—Esto nos procurará pescado fresco. En unas tres semanas o un poco más avistaremos tierra, seguramente algo al norte de nuestro destino y bajaremos por la costa de África hasta Ciudad del Cabo. Allí espero quedarme un par de meses y luego continuar a Madagascar. Nuestro trato es hasta Ciudad del Cabo. ¿Cuáles son tus planes?

El aviso de Clermont buscaba un tripulante, ofrecía cubrir los gastos hasta Sudáfrica y mil quinientos dólares de paga.

—Siempre he querido conocer África —le dije.

—Si te interesa podemos continuar navegando. Mientras yo permanezco en Sudáfrica, puedes recorrer los lugares cercanos.

—Lo pensaré Clermont, gracias.

Los viajes en velero, sobre todo cuando cruzas un océano, te mantienen continuamente ocupado, o quizás uno se inventa labores para no pensar en la soledad y en el mar interminable; los navegantes apelamos a la indiferencia de Poseidón. Recién terminado el desayuno arriamos el *spinnaker*. Avanzaríamos ciñendo y variando de rumbo cada cinco millas, teníamos viento en contra. El horizonte hacia el norte era plomo oscuro y lo iluminaban rayos convulsos. Desde la carlinga vi cuando Clermont desdobló una carta náutica en la mesa, asomó la cabeza y tomó la lectura con el sextante, calculó nuestra posición, ratificó el rumbo y volvió a hacerse cargo del timón.

Me sentía bien al dejar atrás el continente, llenándome de aire y nuevos escenarios; podía suceder cualquier cosa en tierra y tendrían que hacerse cargo otros. ¿Huía? De alguna forma sí. La lucha había terminado, al menos para mí, y no encontraba el ímpetu para juzgar a nadie. Simplemente no quería ser testigo del desbande ni roer las cenizas de los sueños. Como mi padre estaba otra vez sin trabajo, la tía Mariela pagó el viaje y la estadía; ella quería que yo estudiara alguna carrera en Buenos Aires, pero di con el aviso en el club de yates y supe que ahí estaba el boleto de salvación. La única forma que tenía para salir bien de esto era poniendo distancia. ¿Con diecinueve años, psicosis de guerra? Quizás exageraba un poco, pero era lo único que explicaba lo que sentía.

Yo debía arreglar y estibar la carga. Debajo de cada cama o mesa existían cajones con equipos y provisiones; en una embarcación se aprovechaba cada espacio disponible y en un viaje como este llevábamos de todo, en mitad del océano no hay una ferretería o una tienda cercana. Ordené víveres, herramientas, equipos, repuestos, cajas con libros e hice dos descubrimientos relevantes: en un cajón aparecieron decenas de cajetillas de cigarros de marcas diferentes y en otro un bolso fotográfico con una Olympus OM-1, un lente de 50, el zoom de 200 mm y muchos rollos nuevos.

Me asomé por la escalera y pregunté.

—Clermont... ¿Puedo usar la cámara fotográfica?

—Ojalá, apenas la utilizo.

La cámara estaba casi nueva, le puse un rollo de diapositivas, limpié los lentes con la pera y el papel. Salí a cubierta e hice algunas fotos. Clermont al timón, flaco y resuelto; de fondo el mar y, en primer plano, lo que alcanzaba a salir del velero. Recostado bajo el mástil saqué fotos hacia arriba, mirando las velas; después subí por la escalerilla, asegurándome con el mosquetón, y llegué casi hasta la punta; desde ahí hice otras hacia el horizonte y hacia abajo, Clermont saludó con la mano. Bajé sin encontrar más opciones fotográficas y fui a preparar el almuerzo. Durante la tarde permanecí al timón mientras Clermont dormía la siesta, fumé media cajetilla de Camel, más tarde cambiamos y me tocó dormir un rato.

Estaba gritando en la calle y había mucha gente, los pacos se bajaron de los buses y arremetieron; busqué alguna cara conocida entre el desbande sin resultado; el gas lacrimógeno ahogaba y se mezcló con la rabia que agriaba la garganta. Entre el humo pude distinguir que había soldados con cara pintada que disparaban. Desperté cuando Clermont gritaba.

«EL PERSEGUIDOR DE LA LUZ»

DE YURI SORIA-GALVARRO

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 1 DE MAYO DE 2019 EN
LOS TALLERES DE EL ERRANTE EDITOR S.A DE C.V. PRIVADA
EMILIANO ZAPATA NÚM. 5947, COL. SAN BALTAZAR CAMPECHE,
PUEBLA, PUEBLA, CP. 72550.
SE TIRARON 1000 EJEMPLARES.